

Stalin. Reflexiones actuales sobre una biografía

Armando Hart Dávalos

Director de la Oficina del Programa Martiano.

Con estas reflexiones ofrezco un homenaje a todos los revolucionarios que sufrieron el gran drama histórico de ver frustradas las ideas socialistas de octubre de 1917. Las hago con admiración y respeto hacia el pueblo ruso, que supo llevar a cabo la primera revolución socialista de la historia y derrotar al fascismo décadas más tarde, bajo la dirección de Stalin; el mismo pueblo que, ciento treinta años antes, había derrotado la ofensiva militar de Napoleón Bonaparte. Para ello, parto de la experiencia de cerca de cincuenta años de brega a favor de las ideas socialistas en la trinchera de la Revolución cubana, la primera de orientación marxista que ha triunfado en lo que se ha llamado Occidente.

Desde los años iniciales de la Revolución, Fidel y el Che nos hablaron de la importancia del factor subjetivo.¹ La vida ha mostrado su valor en favor de la causa del progreso humano, así como su influencia en el estancamiento y el retroceso históricos. Se puede hacer una larga relación de hechos que lo muestran en la práctica, tanto en lo positivo como en lo negativo. Stalin quizás sea el más importante ejemplo,

en el siglo xx, de cómo la subjetividad puede influir negativamente en la historia.

El factor subjetivo ejerció una influencia decisiva en el trágico desenlace del llamado «socialismo real» que, por serlo de manera tan simplista, perdió toda realidad. La lección esencial que se puede extraer de toda esta historia está en el entretreído humano, en la cultura, que es donde se manifiesta lo subjetivo. En la URSS no se aprendieron las enseñanzas de Engels, quien con su inmenso talento y modestia expresó críticamente que tanto él como Marx, al resaltar el contenido económico como determinante, habían olvidado la forma y, por tanto, el proceso de génesis de las ideas. Expresó textualmente:

Falta, además, un solo punto, en el que, por lo general, ni Marx ni yo hemos hecho bastante hincapié en nuestros escritos, por lo que la culpa nos corresponde a todos por igual. En lo que nosotros más insistíamos —y no podíamos por menos de hacerlo así— era en derivar de los hechos económicos básicos las ideas políticas, jurídicas, etc., y los actos condicionados por ellas. Y al proceder de esta manera, el contenido nos hacía olvidar la forma, es decir, el proceso de génesis de estas ideas, etc. Con ello

proporcionamos a nuestros adversarios un buen pretexto para sus errores y tergiversaciones.²

En la práctica política que representó Stalin, se pasó por alto esenciales aspectos formales de carácter ético, jurídico y político, lo que resultó particularmente grave porque, a través de ellos, se manifiesta la vida real de millones y millones de personas que inciden, desde luego, en el curso de la historia. Al subestimarlos, quedaron relegadas dos categorías fundamentales, situadas en el corazón de la cultura y de las luchas revolucionarias: la ética y la jurídica.

En la antigua Petrogrado y, en general, en Rusia, se combinaron, en 1917, el pensamiento político y social más avanzado de la intelectualidad europea y las condiciones de explotación y miseria del campesinado y la clase obrera rusos. En aquel país, se unían la necesidad de luchar contra la dominación extranjera —es decir, el imperialismo— y, a la vez, contra lo que representaban el feudalismo y el zarismo. Una revolución burguesa triunfante, como las que habían ocurrido en Europa más de dos siglos antes, no se había producido en Rusia hasta febrero de 1917. El feudalismo, la dominación imperialista y el régimen monárquico de los zares fue el escenario que nutrió la formación política de Stalin. A diferencia de Lenin y de otros bolcheviques, Stalin nunca vivió ni viajó por otros países del viejo continente, ni se nutrió de la sabiduría revolucionaria de otras regiones del mundo. Aunque estuvo influido también, desde luego, por el leninismo, lo asimiló con las limitaciones culturales antes aludidas, sobre el fundamento de la vieja cultura rusa a la cual, aun oponiéndosele, nunca pudo extraer consecuencias socialistas válidas para el mundo de su época. Stalin era un revolucionario, pero no pudo alcanzar la dimensión de un dirigente socialista cabal.

Europa, por sí sola, tampoco pudo llevar a cabo la revolución socialista, por razones cuya explicación rebasa los objetivos del presente texto. Pero para entender la cultura de Marx y Engels en su profundidad, sobre todo para aplicarla creadoramente, había que asumir la tradición intelectual del viejo continente, porque los forjadores del socialismo fueron sus más consecuentes exponentes en el siglo XIX. Ellos resultaron los legítimos sucesores de las ideas revolucionarias de los siglos anteriores, expresadas en la Ilustración y los enciclopedistas. De este hecho cultural, Stalin no extrajo las debidas consecuencias, lo que le impidió apreciar su alcance universal.

Al comparecer en la televisión, en ocasión de la visita a Cuba de Juan Pablo II, en enero de 1998, aludiendo a los errores de la política aplicada en tiempos de Stalin, Fidel Castro subrayó que:

Como polaco, al Papa le toca vivir el cruce de las tropas soviéticas y la creación de un Estado socialista bajo los

principios del marxismo leninismo, aplicados de una manera dogmática, sin tomar para nada en cuenta las condiciones concretas de aquel país, y sin ese sentido político y dialéctico extraordinario que tenía Lenin, capaz de una paz de Brest-Litovsk, capaz de una NEP y capaz de cruzar antes, en un tren sellado, por el territorio de un país que estaba en guerra contra Rusia, hechos demostrativos de una inteligencia, una capacidad, un valor y un verdadero genio político, que no dejó de ser jamás marxista.³

Lenin fue educado en los trajines revolucionarios de la Europa de su época y enriqueció su saber con la inmensa cultura y la activa participación en los escenarios de diversos países europeos, entre ellos, los que precisamente dieron nacimiento al pensamiento de Marx y Engels. Sucedió de igual forma con otros ejemplos paradigmáticos como Ho Chi Minh, fundador del Partido Comunista Francés, quien vivió y trabajó en los Estados Unidos, viajó a muchas partes del mundo y recibió en su patria natal la influencia de la cultura francesa, que había impuesto el colonialismo, y la supo asumir desde su autoctonía asiática, tercermundista y universal.

La concepción leninista sobre la Revolución rusa planteaba la tesis de que ese país era el eslabón más débil de la cadena imperialista europea. Se esperaba que el proceso iniciado en octubre de 1917 en Petrogrado acabaría repercutiendo en un estallido revolucionario en el occidente de Europa, comenzando por Alemania. Al no ocurrir así, surgió la idea de la construcción del socialismo en un solo país. Esta consigna pudo tener un valor coyuntural para el momento de la Revolución de Octubre, pero lo que no se debería haber admitido es que fuera una estrategia revolucionaria correcta para todo un siglo.

Por otro lado, como país euroasiático, Rusia formaba parte del inmenso mundo asiático. Stalin no extrajo de los textos de Lenin las conclusiones acerca de la posibilidad y la necesidad de articular los intereses del socialismo con la situación que se estaba generando desde entonces en los países asiáticos y, en general, en lo que posteriormente hemos llamado Tercer mundo.

Vayamos a la caracterización de Stalin hecha por Lenin, y se observará que fue este un verdadero profeta. Dijo en 1922:

Yo creo que lo fundamental en el problema de la estabilidad, desde este punto de vista, son tales miembros del CC como Stalin y Trotski. Las relaciones entre ellos, a mi modo de ver, encierran una buena mitad del peligro de esa escisión que se podría evitar, y a cuyo objeto debe servir, entre otras cosas, según mi criterio, la ampliación del CC hasta 50 o hasta 100 miembros.

El camarada Stalin, llegado a ser Secretario General, ha concentrado en sus manos un poder inmenso, y no estoy seguro de que siempre sepa utilizarlo con la suficiente prudencia. Por otra parte, el camarada Trotski, según demuestra su lucha contra el CC con motivo del problema del Comisariado del Pueblo de Vías de Comunicación, no

se distingue únicamente por su gran capacidad. Personalmente, quizá sea el hombre más capaz del CC, pero está demasiado ensoberbecido y demasiado atraído por el aspecto puramente administrativo de los asuntos. Estas dos cualidades de dos destacados jefes del CC actual pueden llevar, sin quererlo, a la escisión, y si nuestro Partido no toma medidas para impedirlo, la escisión puede venir sin que nadie lo espere.⁴

La política seguida por Stalin durante la gestación de la Segunda guerra mundial, y su pacto con Hitler, fueron de los procesos más turbios de su larga carrera. Esta decisión colocó a las fuerzas progresistas y socialistas en una posición bien difícil, incluso en Alemania. El propio Fidel señala, en la ya mencionada comparecencia, que

al conversar con visitantes soviéticos, yo les hacía tres preguntas: ¿Por qué el Pacto Molotov-Ribbentrop? [...] ¿Por qué habían invadido Polonia para ganar unos cuantos kilómetros de terreno?, terreno que se perdió después de una manera desastrosa en cuestión de días [...] ¿Por qué la guerra con Finlandia? [...] Aquello le costó muy caro al movimiento comunista internacional, a los comunistas de todas partes del mundo, tan disciplinados y tan fieles a la Unión Soviética y a la Internacional Comunista, que cuando decía: «Hay que hacer esto», era eso. Entonces, todos los partidos comunistas del mundo, explicando y justificando el Pacto Molotov-Ribbentrop, se aislaban de las masas.⁵

La historia reveló después, como agravante, que Stalin había actuado de esta forma no obstante los informes de la inteligencia de su país en cuanto a que Hitler preparaba la ofensiva contra la Unión Soviética. Sin embargo, ha de reconocerse que luego de la agresión nazi, Stalin dirigió con éxito la contraofensiva. El pueblo soviético luchó heroicamente, el Ejército Rojo llegó hasta Berlín en un esfuerzo sobrehumano, en el que murieron millones de personas. La guerra concluyó con la victoria sobre el fascismo, pero, a su vez, se suscribieron los acuerdos de Yalta y Postdam; se crearon así las condiciones para la división del mundo en dos grandes esferas de influencia, y ello no resultó positivo para el socialismo.

En los años subsiguientes, cuando se desencadenó la Guerra fría, ni Stalin ni sus sucesores pudieron comprender las formas y posibilidades que les hubiera brindado la alianza entre las sociedades del Tercer mundo y el socialismo, porque carecían de una concepción universal de fundamentos culturales.

En 1959 triunfa la Revolución cubana, cimentada en la tradición histórica nacional y con una proyección de alcance latinoamericano, caribeño y universal. Las tesis tercermundistas de Fidel y el Che significaron, a partir de entonces, un intento de cambiar el mundo bipolar, desde el socialismo. Este asalto al cielo representaba, para los revolucionarios verdaderos del siglo xx, superar definitivamente la bipolaridad

establecida desde posiciones de izquierda y no de derecha, como ocurriría más tarde, en los años 80.

El examen de algunos de los más importantes acontecimientos de la década de los 60 muestra que, con independencia de sus diversos matices políticos, estos se caracterizan por la necesidad de superar el mundo bipolar: el triunfo de la Revolución cubana, en 1959; la Crisis de Octubre de 1962; la trágica escisión del movimiento comunista internacional que desencadenó la ruptura entre China y la URSS; el desplome del sistema colonial en Asia y África; el surgimiento y desarrollo de la guerra de liberación de Viet Nam; la guerra de liberación de Angola; el nacimiento y auge del Movimiento de Países no Alineados; el crecimiento de los movimientos de liberación en América Latina; el movimiento revolucionario sandinista; los movimientos militares progresistas de América Latina, en especial Perú y Panamá; el Mayo francés; la crisis checoslovaca y, previamente, las situaciones creadas en Hungría y Polonia.

Los herederos de la obra de Stalin no podían responder a este desafío, porque estaban encerrados en la política derivada de los acuerdos de Yalta y Postdam y en la idea de la construcción del socialismo en un solo país, que tras la Segunda guerra mundial se había extendido a varias naciones. No podían sus sucesores enfrentar el dilema, porque en 1956, tras su muerte, cuando se denunció al estalinismo por sus crímenes, no se analizó profunda, radical y consecuentemente la naturaleza y el carácter de su gobierno. Se podría decir que entonces no era posible hacerlo y menos aún por quienes habían nacido de aquella política. Hoy, ochenta años después, no solo es posible, sino indispensable, porque mientras no se haga, las ideas de Marx y Engels no podrán emerger del caos en que las sumieron en el siglo xx.

Se acusó a quienes deseaban cambiar el mundo bipolar desde el socialismo —como lo hicieron Fidel y el Che en América Latina— de violar las leyes económicas. En realidad, los que no las tuvieron en cuenta fueron quienes ignoraron que el desarrollo de las fuerzas productivas y el progreso científico llevaban a rebasar la bipolaridad. El curso posterior de los acontecimientos vino a subrayar dramáticamente que, por el contrario, los que desconocieron esas leyes económicas o trataron de acomodarlas a su posición conservadora fueron, precisamente, los que, con las banderas del socialismo, rechazaban las tesis revolucionarias cubanas.

Hay tres conclusiones importantes sobre las cuales reflexionar desde este siglo: la primera, que este cambio era una necesidad de la creciente internacionalización de las fuerzas productivas y, por consiguiente, de la

La hora de Stalin está definitivamente concluida, y las perspectivas de una nueva época están a nuestra vista. Si él pertenece a la categoría de los *déspotas revolucionarios*, entonces habrá que extraer la lección de que con ellos no es posible abrirle camino de forma perdurable a una sociedad socialista que necesita del amor y de la cultura para edificarse.

evolución económica y política del mundo. La segunda, que, como no se hizo desde la izquierda, ocurrió desde la derecha. La tercera, que dicho cambio desde la izquierda solamente podría hacerse promoviendo la lucha de liberación nacional en Asia, África y América Latina y tratando de vincularla con las ideas socialistas. Ese era el reto que el socialismo tenía ante sí.

En su biografía sobre Stalin⁶ —que ya es un clásico—, Isaac Deutscher señala que el dirigente soviético sustituyó la idea de Marx acerca de que la violencia es la partera de la historia, por la de que es la madre de la historia. El refinamiento intelectual para entender la sutileza de la definición de Marx estaba, en mi opinión, más allá de las posibilidades culturales de Stalin. El error fundamental de la política revolucionaria en el siglo xx, en última instancia condicionado por Stalin, estuvo en que marchó divorciada de la cultura, empezando por el caso de la URSS, donde llegó a los extremos más dramáticos.

En Cuba, tuvimos la inmensa suerte de contar con la sabiduría del más grande político revolucionario e intelectual del siglo xix: José Martí. La enseñanza singular de la Revolución cubana en estos dos siglos, y en la actualidad, consiste, precisamente, en haber planteado y enriquecido esa relación. En ella está la singularidad de Martí y de Fidel Castro.

La radicalidad del pensamiento revolucionario del Apóstol iba acompañada de un intenso y consecuente humanismo en el tratamiento a los hombres y los pueblos de las metrópolis opresoras: España y los Estados Unidos. Sobre este fundamento, hizo una contribución singular al convocar a la guerra necesaria, humanitaria y breve contra el dominio español y, a la vez, no generar odio contra los que se oponían a ese propósito. Esta es una contribución que debiera estudiarse en el mundo, por aquellos que lanzan calumnias contra quienes aspiran a transformaciones radicales, y también por los que se proponen alcanzarlas con procedimientos extremistas. La única manera de triunfar está en promover la cooperación entre los humanos y garantizar su plena libertad y dignidad. Esta es la forma de ser consecuentemente radical.

En Cuba se entendió la idea marxista sobre la violencia, en la forma en que la concibieron y llevaron a cabo José Martí y la mejor tradición revolucionaria de nuestro país. Esta tradición nos enseñó que junto con la firmeza de principios y la lucha por obtener objetivos sociales y políticos, debíamos incorporar, al menos a la comprensión de nuestro propósito, a los españoles y a los norteamericanos. En Cuba se superó radicalmente la idea del «divide y vencerás», y se estableció el principio de unir para vencer. Esa es una política mucho más radical y consecuente que la de los extremistas.

Sobre el socialismo, tenemos juicios de Martí muy reveladores, que muestran dónde estuvieron las debilidades de la política llevada a cabo por Stalin.

Respondiendo a su amigo íntimo desde la infancia, Fermín Valdés Domínguez, quien le escribió desde Cuba acerca de las labores que realizaba a favor del socialismo, el Apóstol expresó:

Una cosa te tengo que celebrar mucho, y es el cariño con que tratas; y tu respeto de hombre, a los cubanos que por ahí buscan sinceramente, con este nombre o aquel, un poco más de orden cordial, y de equilibrio indispensable, en la administración de las cosas de este mundo. Por lo noble se ha de juzgar una aspiración: y no por esta o aquella verruga que le ponga la pasión humana. Dos peligros tiene la idea socialista, como tantas otras —el de las lecturas extranjerizas, confusas e incompletas— y el de la soberbia y rabia disimulada de los ambiciosos, que para ir levantándose en el mundo empiezan por fingirse, para tener no hombros en que alzarse, frenéticos defensores de los desamparados. [...] Pero en nuestro pueblo no es tanto el riesgo, como en sociedades más iracundas, y de menos claridad natural: explicar será nuestro trabajo, y liso y hondo, como tú lo sabrás hacer: el caso es no comprometer la excelsa justicia por los modos equivocados o excesivos de pedirla. Y siempre con la justicia, tú y yo, porque los errores de su forma no autorizan a las almas de buena cuna a desertar de su defensa.⁷

En 1884, José Martí escribió, en ocasión de la muerte de Carlos Marx, una crónica que puede ayudarnos a esclarecer lo que sucedió con el socialismo en el siglo xx. Dijo el Apóstol lo siguiente:

Ved esta gran sala. Karl Marx ha muerto. Como se puso del lado de los débiles, merece honor. Pero no hace bien el

que señala el daño, y arde en ansias generosas de ponerle remedio, sino el que enseña remedio blando al daño.⁸

Más adelante señala:

Karl Marx estudió los modos de asentar al mundo sobre nuevas bases, y despertó a los dormidos, y les enseñó el modo de echar a tierra los puntales rotos. Pero anduvo de prisa, y un tanto en la sombra, sin ver que no nacen viables, ni de seno de pueblo en la historia, ni de seno de mujer en el hogar, los hijos que no han tenido gestación natural y laboriosa. Aquí están buenos amigos de Karl Marx, que no fue solo movedor titánico de las cóleras de los trabajadores europeos, sino veedor profundo en la razón de las miserias humanas, y en los destinos de los hombres, y hombre comido del ansia de hacer bien. El veía en todo lo que en sí propio llevaba: rebeldía, camino a lo alto, lucha.⁹

Sobre la crítica que formula en cuanto al extremismo, es necesario tomar en consideración que en Nueva York las ideas anarquistas estaban entonces muy confundidas con las marxistas. Engels, desde Europa, señalaba que en Norteamérica no se estaban aplicando las ideas de Marx. Es aceptado que ambos alertaron siempre contra los extremismos y las formulaciones de los anarquistas. Sobre la idea de que se estaban lanzando unos hombres contra otros, hay que tener en cuenta que, en esa fecha, Martí preparaba una guerra que, aunque aspiraba fuera necesaria, humanitaria y breve, implicaría obligadamente el enfrentamiento armado.

En unas líneas posteriores a la descripción hermosa, humana y profunda que José Martí hizo de Carlos Marx se señala, al hablar de los rusos en Nueva York:

Son los rusos el látigo de la reforma: mas no, no son aún estos hombres impacientes y generosos, manchados de ira, los que han de poner cimiento al mundo nuevo: ellos son la espuela, y vienen a punto, como la voz de la conciencia, que pudiera dormirse: pero el acero del acicate no sirve bien para martillo fundador.¹⁰

Todo eso fue lo que le faltó a Stalin. No comprendió que el acero del acicate no resulta suficiente para edificar una nueva sociedad. En su célebre biografía sobre Stalin, Deutscher apunta:

Aquí suspendemos la historia de la vida y la obra de Stalin. No abrigamos ilusión alguna de que podamos extraer de ella conclusiones finales o formar, sobre su base, un juicio digno de confianza sobre el hombre, sus logros y sus fracasos. Después de tanto clímax y anticlímax, el drama de Stalin apenas ahora parece aproximarse a su culminación; y no sabemos en qué nueva perspectiva podría colocar su último acto a los anteriores. Lo que parece definitivamente establecido es que Stalin pertenece a la estirpe de los grandes déspotas revolucionarios, la misma a que pertenecieron Cromwell, Robespierre y Napoleón.¹¹

Podemos estar de acuerdo con la comparación entre Stalin y Cromwell, Robespierre y Napoleón aunque apuntando algunas diferencias fundamentales. Robespierre murió de manera trágica defendiendo un ideal que resultó imposible en su época, las más puras

ideas de los forjadores del pensamiento revolucionario francés del siglo XVIII. Napoleón sentó las bases jurídicas y políticas de la burguesía francesa y, paradójicamente, le abrió camino a la alianza burgués-monárquica que conformó la política capitalista en el siglo XIX. Cromwell también logró forjar un camino positivo para la burguesía inglesa y dejó abiertas las posibilidades para su ascenso ulterior.

Stalin no alcanzó objetivos comparables en relación con el socialismo. No pudo alentar la revolución socialista en Europa y en el mundo, ni tampoco consolidarla en la URSS. En Rusia se volvió al capitalismo siete décadas después de la Revolución de Octubre en condiciones nuevas y radicalmente diferentes. Ese retroceso está relacionado, entre otros factores, con los graves errores del estalinismo.

La hora de Stalin está definitivamente concluida, y las perspectivas de una nueva época están a nuestra vista. Si él pertenece a la categoría de los *déspotas revolucionarios*, entonces habrá que extraer la lección de que con ellos no es posible abrirle camino de forma perdurable a una sociedad socialista que necesita del amor y de la cultura para edificarse. Si los déspotas revolucionarios pudieron abrirle paso al capitalismo, la construcción del socialismo no puede hacerse bajo la dirección de un déspota. Aunque se le acusó de fomentar el culto a la personalidad, pienso que lo que faltó fue personalidad, con lo que sí han contado la Revolución cubana y la revolución de Martí, retomada por Fidel, afincada en la tradición patriótica de nuestro pueblo, con un sentido universal.

Uno de los más graves problemas que dejó el estalinismo fue crear, en la propia izquierda, el rechazo al papel indispensable de una vanguardia y, por tanto, a la necesidad de un elemento de dirección de la sociedad. Ello es indispensable para los grandes procesos de cambio. Sin embargo, existe, y tiene su lógica histórica, una subestimación, y hasta rechazo, en la gente más progresista, por temor a que cumpla un papel burocrático e impositivo. El justificado temor al burocratismo suele hacernos caer en la anarquía. Y esta, cuando se hace aguda, llega, como rechazo, al totalitarismo, que es la forma más perversa del burocratismo. Resolver este problema es clave para la construcción de un mundo nuevo. La experiencia nos enseña la importancia de las llamadas categorías de la superestructura.

La economía opera a través de ellas, mediante una relación dialéctica. El rigor, seriedad y pasión con que se traten las formas están en el centro de nuestros deberes revolucionarios. La moral está íntimamente relacionada con la cuestión social y con los sistemas de Derecho. Estas categorías —moral, cuestión social y sistema de Derecho— constituyen el núcleo central a

partir del cual se pueden realizar las investigaciones teóricas y establecer las prácticas política y jurídica válidas para encontrar caminos nuevos en el socialismo. En fin, el tema de la cultura y, en especial, del papel de los factores subjetivos adquiere una significación práctica, porque se proyecta en la necesidad de principios éticos, jurídicos y en las formas de hacer política.

Para el éxito de cualquier empeño transformador resulta imprescindible articular la práctica política y la cultura. La victoria y continuidad de la Revolución cubana confirman la validez de este razonamiento. Se impone en nuestros días una reflexión profunda en torno a esta cuestión.

La ruptura de los vínculos entre cultura y política estuvo, sin duda, en la raíz de los graves reveses sufridos por el socialismo. En América Latina, la tradición de nuestros países sustentó la aspiración a una cultura de emancipación y de integración multinacional a la que se refirió el libertador Simón Bolívar y que José Martí llamó república moral de América. La tendencia fundamental de esa cultura era antimperialista, y sus raíces principales están en la población trabajadora y explotada. Lo más inmediatamente importante para la política revolucionaria era y es alentar esa tendencia. Y esto se puede y se debe hacer procurando la incorporación de la intelectualidad al empeño emancipador presente en lo más revolucionario de nuestra evolución espiritual.

Para ello se requiere contar con cultura e información acerca de la génesis e historia de las ideas latinoamericanas, además de sabiduría y clara comprensión del papel de los factores subjetivos en la historia de las civilizaciones, hecho precisamente ignorado en la práctica política socialista. Como se trasluce de esa práctica histórica, tras la muerte de Lenin, y a partir de Stalin, se impuso un materialismo vulgar, tosco, que paralizó el enriquecimiento y actualización de las ideas de Marx y Engels. Ello requería, como sí hizo Mariátegui desde su visión indoamericana, un estudio del papel de la cultura desde el punto de vista materialista histórico. Pero quien se introdujera en esto era combatido por revisionista. Así se paralizaron las posibilidades de arribar a una escala más profunda de las ideas de los clásicos del marxismo.

Intentar incursionar sobre los complejos problemas ideológicos del socialismo hubiera resultado infinitamente menos difícil que los costos de ignorar la necesidad de alcanzar la relación de confianza entre la política revolucionaria y la inmensa y creciente masa de trabajadores intelectuales.

Si no se establecen relaciones fluidas entre las revoluciones y el movimiento cultural, nunca triunfarán los procesos de cambios. Se trata no solo de una cuestión cultural, sino de algo esencial para la práctica política. Para saber hacer política revolucionaria hay que asumir

la importancia movilizativa del arte y la cultura, así como comprender que en ella se hallan los fundamentos de nuestras ideas redentoras.

Deutscher lo había dicho en su libro en una forma muy elocuente, y creo que es la principal conclusión a que podemos llegar en el orden teórico en relación con Stalin: «En este desdén por los factores inmateriales en los grandes procesos políticos residía la debilidad principal de su vigoroso, pero limitado realismo».¹² Una enseñanza ejemplar para aquellos que se proclaman realistas. Porque sin tener en cuenta los llamados factores de carácter subjetivo, no podremos hallar las rutas nuevas a través de las cuales estos influyen, objetiva y materialmente, en la historia. Relacione el lector estas palabras con lo que decía Engels autocriticamente, y que mencionamos al principio. No olvidemos nunca que el hombre y su sociedad forman parte también de la realidad material del mundo —para decirlo en el lenguaje que tanto se empleó por los socialistas— es decir, de la naturaleza. O para expresarlo a la manera de aquellos versos de Martí: «*Todo es hermoso y constante, / Todo es música y razón, / Y todo, como el diamante, / Antes que luz es carbón*».¹³

En 2005, los políticos revolucionarios deberían examinar la historia del siglo xx, a partir de la inmensa cultura acumulada, sin sectarismo alguno y buscando la esencia de las ideas revolucionarias en lo mejor de la historia milenaria del hombre.

En tiempos de la perestroika, alguien afirmó que Marx quedaría como una cuestión cultural. Yo pensé: ¿y le parece poco? Para encontrar nuevos caminos, hay que hallar el de la cultura, no hay otra alternativa política práctica; quien no crea en eso, no podrá contribuir a hacer revoluciones en el siglo xxi.

Estas reflexiones parten de un profundo respeto hacia todos los comunistas y revolucionarios que lucharon a favor del socialismo, se mantuvieron fieles, y presenciaron con dolor su desenlace trágico en Europa oriental y la URSS. A ellos dedico este trabajo, y en especial a los de los pueblos de nuestra América. Quienes sientan la causa de la justicia humana de una forma radical y universal, han de reconocer —como subrayó Martí— que Marx merece honor porque se puso del lado de los débiles, y han de tomar, cada vez más, conciencia de que él y Federico Engels constituyen la expresión más elevada del pensamiento social y filosófico de Europa en el siglo xix. Los fanáticos negadores del marxismo no son posmodernos, sino premodernos, y no han podido analizar las raíces profundas de lo que ocurrió con Stalin.

La sabiduría romana, en el contexto de una sociedad esclavista, señalaba que lo dejado como herencia por alguien podía ser aceptado a beneficio de inventario, es decir, después de determinar qué no sería afectado por el pago de las deudas del difunto. En el siglo xxi, los hombres perfeccionarán la práctica socialista y, sobre

los errores cometidos, tendrán que emplear las herramientas necesarias para transformar el mundo, y no podrán hacerlo echando en saco roto la herencia socialista. Por eso recomiendo a los jóvenes asumir conscientemente la práctica socialista del siglo XX a beneficio de inventario. No renunciemos a la herencia de Marx, Engels y Lenin y al ideal socialista de los siglos XIX y XX, pero asumámoslos a partir de una profunda evaluación de lo ocurrido. Con el pensamiento de Marx, Engels y Lenin podremos realizar esta tarea —pero no solo con el de ellos.

En la década de los años 20, Julio Antonio Mella y los fundadores del primer Partido Comunista de Cuba rescataron del olvido o el menosprecio en que había caído el programa de Martí durante los primeros años de la república neocolonial. Hoy, en 2005, con el pensamiento del Apóstol cubano y su programa ultrademocrático, los cubanos podemos fortalecer las fibras socialistas en nuestro país y contribuir a rescatarlas del descrédito y el aislamiento a que las condujo la práctica política generada a partir de Stalin.

Notas

1. Precisamente, en el primer punto de la crítica a Feuerbach, Marx y Engels le reprochan no tener en cuenta el factor subjetivo: «El defecto fundamental de todo el materialismo anterior —incluido

Stalin. Reflexiones actuales sobre una biografía

el de Feuerbach— es que solo concibe las cosas, la realidad, la sensoriedad, bajo la forma de *objeto* o de *contemplación*, pero no como *actividad sensorial humana*, no como *práctica*, no de un modo subjetivo».

2. Carlos Marx y Federico Engels, *Obras Escogidas*, t. 3, Editorial Progreso, Moscú, p. 523.
3. Fidel Castro, «Comparecencia ante la Televisión Cubana, 16 de enero de 1998», *Granma*, La Habana, 20 de enero de 1998.
4. Vladimir I. Lenin, *Carta al Congreso*, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Moscú, s.a.
5. Fidel Castro, ob. cit.
6. Isaac Deutscher, *Stalin. Biografía política*, Instituto del Libro, La Habana, 1968.
7. José Martí, *Obras Completas*, t. 3, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975 [en lo adelante, O. C.], p. 168.
8. José Martí, O. C., t. 9, p. 388.
9. *Ibidem*.
10. *Ibidem*.
11. Isaac Deutscher, ob. cit.
12. *Ibidem*, p. 420.
13. José Martí, *Versos sencillos*, O. C., t. 16, p. 65.

© TEMAS, 2005.

¿Dónde encontrar

Temas?

CIUDAD DE LA HABANA

📍 Sede de la Revista *Temas*
23 #1155 e/ 10 y 12.
El Vedado.

📖 Librería «El gran Zoo»
UNEAC.
17 y H.
El Vedado.

📖 Librería de la UNJC
Unión de Juristas de Cuba.
21 y D. El Vedado.

📖 Revistería «Plaza de Armas»
Palacio del Segundo Cabo.
La Habana Vieja.

📖 Librería «Jicotencatl»
Terminal de Ómnibus Interprovinciales
Rancho Boyeros y 19 de Mayo.
Plaza de la Revolución.

📖 Librería «Luis Rogelio Nogueras»
Galiano y Barcelona.
Centro Habana.

📖 Librería «Juventud»
170 y 51.
La Lisa.

📖 Librería «Guamá»
M. Gómez e/ Pepe Antonio
y Nazareno.
Guanabacoa.

📖 Librería «El Ateneo»
Línea y 12.
El Vedado.

Y en todas las librerías del resto de las capitales provinciales

MÉXICO DF

- | | |
|--|------------------------------------|
| 📖 Librería Ghandi
Colonia Chimalistac | 📖 Librería Pegasso
Colonia Roma |
| 📖 Librería Fondo de Cultura Económica «Octavio Paz»
Colonia Chimalistac | |